

Convenio y Conversación

DE LAS ENSEÑANZAS DEL RABINO LORD JONATHAN SACKS

Jonathan Sacks
THE RABBI SACKS LEGACY

Nuestro agradecimiento a la familia Schimmel por su generoso patrocinio de Convenio y Conversación, dedicado en memoria de Harry (Chaim) Schimmel.

VAIETSÉ

Las lágrimas de Leá

A veces olvidamos que la expresión *Keriat HaTorá* no significa simplemente «leer la Torá». En hebreo bíblico, el verbo *likró* no significa «leer», sino «llamar». La expresión *mikra'ei kódesh*, que designa las «festividades», las «fiestas judías» o los *jaguim*, significa literalmente «convocaciones sagradas»: días en los que el pueblo era llamado o convocado a reunirse. Cada siete años, en el mandamiento conocido como *hakhel*, se ordenaba al rey «leer en voz alta [*tikrá*] esta Torá delante de ellos, para que la oigan [*be-oznehem*]». En la reunión histórica de quienes habían regresado de Babilonia, Ezra «leyó [la Torá] en voz alta [*vaikrá*] desde el amanecer hasta el mediodía, en presencia de hombres, mujeres y todos los que podían comprender; y todo el pueblo escuchaba atentamente [literalmente, los oídos de todo el pueblo estaban atentos] el libro de la Torá».

Por lo tanto, *Keriat HaTorá* no significa leer, sino *proclamar* la Torá, leerla en voz alta. Quien la lee tiene ante sí la palabra escrita, pero para el resto de los presentes se trata de una experiencia no de la vista, sino del oído. La palabra divina es algo que se escucha, más que algo que se ve. Solo con la difusión de los manuscritos y, luego, con la invención de la imprenta en el siglo XV, la lectura se convirtió en una experiencia visual en lugar de auditiva. Hasta el día de hoy, la experiencia central de la *Keriat HaTorá* consiste en escuchar al lector proclamar las palabras desde el rollo de la Torá, en vez de seguirlas en un texto impreso. Nos perdemos algunos de los efectos más sutiles de la Torá si pensamos en ella como una palabra que se ve, en lugar de una palabra que se escucha.

Hay muchas diferencias entre el sonido y la vista, y una de ellas tiene que ver con el tiempo. Podemos ver –pero no escuchar– una oración de un solo vistazo. Escuchar, más que ver, es un proceso que se extiende en el tiempo. A mitad de una oración podemos adivinar qué vendrá después, pero no podemos estar seguros hasta que realmente oímos las palabras. Por eso, por ejemplo, los chistes tienen más fuerza cuando los escuchamos que cuando los leemos. El elemento de sorpresa es esencial para un chiste. Si podemos adivinar el remate, el chiste sencillamente no es tan bueno. Al escuchar, permanecemos en sus-

penso. Al leer, podemos ir directamente a la última oración.

Veamos un ejemplo bíblico. Cuando Yosef está en prisión, el copero y el panadero del faraón tienen sueños. El copero le cuenta a Yosef lo que vio, y Yosef le da una interpretación favorable: «Dentro de tres días el faraón levantará tu cabeza y te devolverá a tu puesto». Animado por la buena noticia, el panadero le cuenta a Yosef su propio sueño. La interpretación de Yosef comienza con las mismas palabras: «Dentro de tres días el faraón levantará tu cabeza», pero luego agrega: «por encima de ti [*me'aléja*]; te colgará de un árbol». Este es un humor tan negro como puede haberlo. La razón por la que aparece en la historia de Yosef no nos concierne aquí; el punto es el siguiente: la Torá está escrita para ser leída en voz alta, y varios de sus recursos literarios dependen de este hecho. Uno de ellos, por encima de todos los demás, es el poder de la palabra siguiente para desbaratar nuestras expectativas, basadas en lo que hemos escuchado hasta ese momento. A veces el resultado es humorístico; otras, todo lo contrario. Pero, en ambos casos, el recurso nos hace prestar atención.

Uno de los ejemplos más sorprendentes aparece en la *parashá* de esta semana. Yaakov, huyendo de la ira de Esav, ha viajado hasta la casa de Labán. Al llegar conoce a Rajel, la hija menor de Labán, y se enamora de ella. Labán le propone un trato: trabaja para mí durante siete años y te la daré en matrimonio. Yaakov acepta, pero en la noche de bodas Labán sustituye a Rajel por Leá. A la mañana siguiente, cuando Yaakov descubre el engaño, protesta: «¿Por qué me engañaste?». Labán responde con toda intención: «No se acostumbra en nuestro lugar dar a la menor antes que a la mayor» (una referencia, intencional o no, al engaño de Yaakov a Itzjak, cuando el menor obtuvo la bendición que correspondía al mayor, Esav). Sin embargo, Labán acepta que, a cambio de otros siete años de trabajo, Yaakov pueda casarse con Rajel. No tendrá que esperar hasta que se cumplan los siete años, pero sí deberá esperar siete días, hasta que termine la celebración de la boda de Leá. Se trata de un antecedente de una costumbre que todavía observamos: la semana de las *sheva berajot*. Pasan los siete días. Yaakov se casa con Rajel. Entonces leemos lo siguiente:

> «También [*gam*] se casó con Rajel, y también [*gam*] amó a Rajel...» (Génesis 29:30)

En este punto, la implicación es clara. La repetición de la palabra *gam*, «también», nos lleva a creer que, a los ojos de Yaakov, las dos hermanas son iguales. La historia del engaño parece tener –o eso debemos suponer a partir de lo que hemos escuchado hasta ahora– un final feliz. Yaakov se ha casado con ambas. Ama a las dos. La rivalidad entre hermanos, un tema tan marcado en Génesis (Caín y Abel, Itzjak e Ishmael, Yaakov y Esav), parece estar llegando a una resolución positiva. Es posible amar por igual a dos hermanos. La palabra siguiente hace que nuestras expectativas se desplomen:

> «...más que a Leá». (Génesis 29:30)

Esta es una construcción gramaticalmente irregular. Las palabras «también» y «más que» no pertenecen a una misma oración. O bien uno ama a X y también a Y, o ama a X más que a Y, pero no ambas cosas a la vez. El efecto es como una disonancia repentina en medio de una sinfonía de Mozart: estridente y desconcertante. Yaakov no ama a las dos hermanas por igual. Puede que las ame a ambas, pero su pasión está puesta en Rajel. El versículo siguiente contiene una disonancia todavía más aguda:

> «Dios vio que Leá era odiada [*senuá*]...»

Esta es una expresión que no puede entenderse literalmente. El versículo anterior acaba de decir que Leá no era odiada, sino amada. Los comentaristas y traductores se han debatido con esta dificultad. Rambán (en su segunda interpretación) y Radak entienden la palabra *senuá* no como «odiada», sino como «menos amada». Aunque el texto resulta extraño desde el punto de vista semántico, es psicológicamente claro. Leá sabía que el corazón de Yaakov estaba en otra parte. Puede que fuera amada, pero sentía que recibir menos amor equivalía a ser rechazada. Las palabras «Dios vio» significan que Dios percibió su sensación de humillación. El engaño de Labán tuvo consecuencias humanas, y fueron trágicas. Leá lloraba en su interior por el esposo que había conseguido gracias a las artimañas de su padre, pero cuyo amor pertenecía a otra persona.

Solo ahora, quizá, comprendemos la importancia de la primera mención de Leá en la Torá:

> «Labán tenía dos hijas. La mayor se llamaba Leá y la menor, Rajel. Los ojos de Leá eran débiles [*rakot*], pero Rajel era hermosa y de buen aspecto». (Génesis 29:16-17)

La palabra *rakot* puede tener varios significados: hermosos (Targum, Rashbam), débiles (Ibn Ezra) o sensibles (Netziv sugiere que Leá no podía salir con los rebaños porque la luz intensa del sol le lastimaba los ojos). La ambigüedad es deliberada. La Torá rara vez ofrece descripciones físicas de sus personajes, y cuando lo hace es de manera muy medida y por una razón que solo más adelante se revela. Así, por ejemplo, en 2 Samuel 14 se nos habla del cabello de Avshalom; cuatro capítulos después descubrimos por qué: quedó atrapado en un árbol y eso provocó su muerte.

El significado de la frase «los ojos de Leá eran *rakot*» es, como explican Rashi, Radak y diversas tradiciones midráshicas, que «Leá se conmovía con facilidad hasta las lágrimas». Era emocionalmente vulnerable. No tenía la fortaleza interior que podría haberla ayudado a sobrellevar el apego de su esposo a su hermana menor. Era sensible, vulnerable, atenta a los matices y fácil de herir. Sabía que era el amor menos importante de Yaakov, y eso le causaba dolor.

La sutileza con la que todo esto se transmite es extraordinaria. La Torá ha dibujado el retrato de Leá con unos pocos trazos precisos, cada uno de los cuales solo percibiremos si escuchamos con atención. Y no lo ha hecho por el mero hecho de describirla. Más bien, ha preparado el escenario para el drama que está por desarrollarse; una vez más, lo hace con la máxima brevedad y delicadeza. De hecho, a menos que prestemos muchísima atención, ni siquiera lo notaremos.

Lo que sigue parece, a primera vista, un relato sencillo del nacimiento de cuatro hijos. Sin embargo, bajo la superficie, estos versículos son tan elocuentes como cualquiera de toda la Torá:

> «Dios vio que Leá no era amada y abrió su vientre, mientras que Rajel permanecía estéril. Leá quedó embarazada y tuvo un hijo. Lo llamó Reuvén, diciendo: "El Señor ha visto [*ra'á*] mi aflicción. Ahora mi esposo me amará". Quedó embarazada otra vez y tuvo un hijo. Dijo: "El Señor ha oído [*shamá*] que no soy amada, y por eso también me ha dado este hijo", y lo llamó Shimón. Quedó embarazada una vez más y tuvo un hijo. Dijo: "Ahora que le he dado tres hijos, mi esposo se apegará [*lavá*] a mí". Por eso él llamó al niño Leví. Quedó embarazada otra vez y tuvo un hijo. Dijo: "Esta vez alabaré [*odé*] al Señor", y por eso lo llamó Iehudá. Luego dejó de tener hijos». (Génesis 29:31-35)

Leídos superficialmente, estos versículos no son más que una genealogía, una lista de nacimientos

como tantas otras que encontramos en Génesis. Sin embargo, en cuanto nuestro oído se vuelve sensible a la difícil situación de Leá, escuchamos con más atención, y lo que oímos nos parte el corazón.

Leá está suplicando que le presten atención. Cada uno de los nombres de sus tres primeros hijos es un llamado a su esposo Yaakov: que la vea, que la escuche, que se apegue a ella, que la tenga en cuenta, que la ame. Es significativo que sea ella, y no Yaakov, quien les pone nombre a tres de los niños. (La excepción es Leví. Los comentaristas que destacan el sentido literal del texto –Rashbam y Radak– suponen que el «él» que le da nombre a Leví es Yaakov. Rashi, cuyo comentario profundiza más, afirma, basándose en la tradición midráshica, que fue un ángel. Rashi comprendió que un dato clave de los cuatro nacimientos es la ausencia de Yaakov).

Tristemente, la falta de vínculo entre Yaakov y Leá en el momento del nacimiento de sus hijos continúa durante los años siguientes. La relación de Yaakov con Reuvén, Shimón y Leví se deteriora por completo: con Reuvén, después del episodio del lecho de Bilhá; con Shimón y Leví, después del incidente de Shejem. En su lecho de muerte, Yaakov los maldice en lugar de bendecirlos. Sin embargo, de Leví surgirán con el tiempo los líderes espirituales de Israel (Moshé, Aarón, Miriam y, finalmente, los *kohanim* y los *leviim*); y de Iehudá provendrán sus reyes (David y sus descendientes).

El grito de Leá no es lo único que Yaakov no escucha. Tampoco responde al sufrimiento de Rajel cuando ve que su hermana tiene hijos mientras ella no puede tenerlos:

> «Rajel, al ver que no le había dado hijos a Yaakov, sintió celos de su hermana. Le dijo a Yaakov: "¡Dame hijos! Si no, ¡déjame morir!". Yaakov se enojó con Rajel y le dijo: "¿Acaso estoy yo en lugar de Dios, que te ha negado el fruto del vientre?"». (Génesis 30:1-2)

Los Sabios señalaron un paralelismo entre las palabras de Yaakov aquí y las de Yosef al final de Génesis, cuando sus hermanos temen que, una vez muerto su padre, Yosef se vengue de ellos. Yosef los tranquiliza diciendo: «No tengan miedo. ¿Acaso estoy yo en lugar de Dios?». Yosef utiliza las mismas palabras que había pronunciado su padre antes de que él naciera, pero con un efecto opuesto: para brindar consuelo. Aprovechando al máximo este contraste, los Sabios dijeron sobre la respuesta de Yaakov a Rajel:

> «Dijo el Santo, bendito sea, a Yaakov: "¿Así se le responde a una mujer angustiada? ¡Por tu vida, tus hijos estarán algún día ante su hijo [Yosef, que les responderá: ¿Acaso estoy yo en lugar de Dios?]!"».

¿Qué sucede en este drama intenso y a veces trágico entre Leá y Yaakov? Yaakov es distinto de los demás patriarcas. Si la palabra que nos viene a la mente al pensar en Abraham es *jesed*, bondad, y al pensar en Itzjak es *pajad*, temor, la idea que caracteriza a Yaakov es la lucha.

Ya desde el vientre materno lucha con su hermano. Compite con él por la primogenitura y la bendición. La escena que define su vida es su lucha nocturna con un adversario sin nombre. Sus dos nombres –Yaakov, «el que se aferra al talón», e Israel, «el que lucha con Dios y con los hombres y prevalece»– transmiten una sensación de conflicto.

Mientras que Abraham e Itzjak representan modos de ser, Yaakov representa el devenir. Los dones que posee los ha conseguido luchando. Nada le ha llegado de manera natural. Yaakov es la figura suprema de la perseverancia. Es el hombre que le dijo al ángel: «No te soltaré hasta que me bendigas». Más

que Abraham e Itzjak, Yaakov es la persona que lucha con la vida y se niega a soltarla.

La Torá lo describe como un *ish tam*, una expresión que a veces se traduce como «un hombre sencillo», pero que se entiende mejor (según R. Samson Raphael Hirsch) como «un hombre de propósito firme». El profeta Miqueas lo asoció con la verdad: «Darás verdad a Yaakov y bondad a Abraham». La vida de Yaakov encarna el hecho de que la verdad debe conquistarse con una determinación inquebrantable. Rara vez llega sin lucha y sin el dolor de la experiencia. ¿Cuál es la verdad en juego en la vida de Yaakov?

Hay muchas, pero una de ellas es una verdad sobre el amor. Uno de los hechos más llamativos del relato de Yaakov es la frecuencia con la que aparece la palabra «amor». Figura una vez en la historia de Abraham (Génesis 22:2), dos veces en la vida de Itzjak (Génesis 24:67 y 25:28, aunque también hay tres referencias al amor de Itzjak por un tipo particular de comida: Génesis 27:4, 27:9 y 27:14), pero siete veces en el caso de Yaakov (Génesis 29:18, 29:20, 29:30, 32:20; 37:3, 37:4; 44:20-22). Yaakov ama más que cualquier otra figura de Génesis.

Pero, a través de una experiencia dolorosa, Yaakov debe aprender una verdad sobre el amor. Hay ocasiones en que el amor no solo une, sino que también divide. Así ocurrió durante su infancia, cuando Itzjak amaba a Esav y Rivká amaba a Yaakov. Volvió a ocurrir cuando se casó con dos hermanas. Y sucedió una tercera vez cuando amó a Yosef, el hijo de Rajel, más que a sus otros hijos. Lo que Yaakov aprendió –y lo que aprendemos nosotros al leer su historia– es que el amor no es suficiente. También debemos prestar atención a quienes se sienten poco amados. Sin eso, habrá conflictos y tragedias. Para lograrlo se necesita una capacidad específica: la capacidad de escuchar. En el caso de Yaakov, escuchar las lágrimas no pronunciadas de Leá y su sentimiento de rechazo, que se hacen explícitos en los nombres que les da a sus hijos.

Comencé señalando que la Torá es un texto destinado a ser leído en voz alta y escuchado. Es la mayor expresión de fe en un Dios al que no podemos ver, sino solo escuchar. El judaísmo es, por excelencia, una religión del oído, a diferencia de todas las demás civilizaciones antiguas, que eran culturas de la vista. Esto es más que un hecho metafísico. También es un hecho moral. En el judaísmo, el don espiritual más elevado es la capacidad de escuchar: no solo la voz de Dios, sino también el grito de otras personas, el suspiro de los pobres, los débiles, los solitarios, los desatendidos y, sí, a veces, los que no son amados o lo son menos. Ese es uno de los significados del gran mandamiento *Shemá Israel*, «Escucha, Israel». Recordemos que el otro nombre de Yaakov era Israel.

Yaakov lucha con esto durante toda su vida. No es que tenga una falla moral. Por el contrario, es el más tenaz de todos los patriarcas y el único cuyos hijos pasan a formar parte, todos ellos, del pacto. Más bien, cada virtud conlleva un peligro correspondiente. Quienes son valientes a menudo no perciben los temores de la gente común. Quienes tienen una inteligencia penetrante suelen despreciar a las mentes menos agudas. Quienes, como Yaakov, poseen una capacidad extraordinaria para amar deben luchar contra el peligro de no honrar los sentimientos de aquellos a quienes no aman con la misma pasión. El antídoto es la capacidad de escuchar. Eso es lo que Yaakov aprende a lo largo de su vida, y por eso él, por encima de todos, es el modelo para el pueblo judío: la nación que recibió el mandato de escuchar.

Qué hermoso que este mensaje –uno de los más profundos y sutiles de toda la Torá– se transmita mediante una serie de pasajes cuyo significado no está en la superficie del texto, sino que se revela únicamente a quienes escuchan lo que sucede debajo de las palabras: el grito no pronunciado, el pedido im-

plícito, las lágrimas que nadie oye, el dolor que no logra expresarse. Quienes desean aprender a escuchar a Dios deben aprender a escuchar a otras personas: el *kol demamá daká*, «la voz suave y silenciosa» de quienes necesitan nuestro amor.

Alrededor de la mesa de Shabat

1. El Rabino Sacks sostiene que escuchar es el mayor don espiritual del judaísmo. ¿Qué significa escuchar verdaderamente a alguien, más allá de oír sus palabras?
2. Yaakov responde con dureza al sufrimiento de Rajel, mientras que más adelante Yosef usa las palabras de su padre para consolar a sus hermanos. ¿Qué nos enseña este contraste?
3. A través de la vida de Yaakov vemos que el amor no es suficiente si no advertimos a quienes se sienten poco amados. ¿Cómo podemos reconocer y responder a sentimientos que a los demás les cuesta expresar?



Convenio y Conversación

Edición Familiar

Inspirado en las enseñanzas del Rabino Lord Jonathan Sacks

Edición Familiar del legado del Rabino Jonathan Sacks, desarrollada por Shosh Hill. No fue escrita por el Rabino Sacks.

Vaietsé: el diez por ciento

DESARROLLADO POR SHOSH HILL

RESUMEN DE LA PARASHÁ

Yaakov comienza el largo viaje hacia la familia de su madre en Jarán. En el camino se detiene a descansar y sueña con una escalera por la que suben y bajan ángeles. Dios se le aparece a Yaakov, repite las bendiciones que ya les había dado a Abraham e Itzjak y promete protegerlo y, finalmente, hacerlo regresar a Canaán. En respuesta, Yaakov promete construir una casa para Dios y devolverle una décima parte de todo lo que Dios le dé.

- ¿Por qué creen que los ángeles subían y bajaban, en lugar de moverse en una sola dirección?
- ¿Qué creen que significa devolverle a Dios una décima parte de todo?
- Si las bendiciones para toda la familia ya habían sido dadas a Abraham, ¿por qué Dios volvió a repetirlas a Itzjak y a Yaakov?

MIREMOS MÁS DE CERCA

עַשֵּׂר אֲעַשְּׂרֶנּוּ לָךְ

«Te entregaré una décima parte...» (Génesis 28:22)

EL RABINO SACKS NOS ENSEÑA:

«Esta promesa de entregar una décima parte se convirtió más adelante en la práctica de donar a la caridad una décima parte de los ingresos... La *tzedaká* es una forma de plegaria. Conocer a Dios significa actuar con justicia y compasión, reconocer Su imagen en otras personas y escuchar el grito silencioso de quienes necesitan ayuda».

El Rabino Sacks cita al rabino Iehudá ben Ilai en la Mishná:

«Hay diez cosas poderosas en el mundo:
La roca es fuerte, pero el hierro la rompe. El hierro es fuerte, pero el fuego lo derrite.
El fuego es fuerte, pero el agua lo apaga. El agua es fuerte, pero las nubes la transportan.
Las nubes son fuertes, pero el viento las mueve. El viento es fuerte, pero el hombre lo soporta.
El hombre es fuerte, pero el miedo lo debilita. El miedo es fuerte, pero el vino lo disipa.
El vino es fuerte, pero el sueño lo vence. El sueño es fuerte, pero la muerte está por encima de él.
¿Qué es más fuerte que la muerte? Los actos de *tzedaká*.
Porque está escrito: "La *tzedaká* libra de la muerte"».

Fuente: *To Heal a Fractured World*, cap. 3.

¡CONVERSEMOS!

- ¿Por qué creen que el rabino Sacks llama a la *tzedaká* una forma de plegaria?
- ¿Qué creen que significa «conocer a Dios es verlo en otras personas»?
- Rabi Iehudá ben Ilai lista muchas cosas poderosas en el mundo. ¿Por qué creen que concluye que los actos de *tzedaká* son los más poderosos?